

Carta Final Epistolario

Santiago, Julio 2025

Carta a Jorge Muñoz Mella

Compañero, estudiante, hermano de lucha. Inolvidable Borgoñino.

Querido Jorge,

Hoy, mientras recorremos los mismos pasillos del Liceo Manuel Barros Borgoño que alguna vez fueron testigos de tus pasos, tu nombre resuena con fuerza entre nosotros. No como un eco lejano, sino como una presencia viva que nos acompaña, nos habla y nos recuerda lo que significa tener convicciones, aunque duelan, aunque cuesten.

Recordamos esos días de juventud compartida, donde reíamos, soñábamos y construíamos amistades. Disfrutando de la juventud, compartiendo la amistad... pero también enfrentando la traición, porque no faltaba ese pájaro que te delataba en plena noche, alertando al depredador. Aun así, resistías. Aun así, luchabas.

Te apreciamos profundamente, no solo por haber sido nuestro compañero, sino por haber formado parte de la familia borgoñina. Y como bien sabemos, a la familia nunca se le olvida. A pesar del paso de los años, tu figura sigue presente. Porque no importa cuánto tiempo haya transcurrido, tu memoria no se ha ido: se ha hecho raíz.

En esos días tan duros, te advertíamos con cariño: “Pásalo la raja, pero cuídate. No tanto por el copete, sino por los milicos y los pacos. Están más densos que nunca y uno a veces termina pagando sin deberla.” Porque sabíamos que eras bueno pa’ la fiesta, pa’ la risa, pero también sabíamos que eras consciente, que el país ardía, que el Borgoño era, como lo sigue siendo, un liceo de lucha estudiantil. Por eso te insistíamos: cuídate, Jorge, porque la noche en Chile se estaba poniendo más oscura que nunca.

Fueron pasando los días y los rumores crecían. Ya habían pasado tres meses desde que te llevaron. Algunos decían que te habían ejecutado, otros que simplemente habías desaparecido. Pero yo, como muchos, seguía confiando en que ibas a volver. En que ibas a aparecer. En que te iban a devolver. Porque eso habría sido un regalo inmenso para tu familia, y también para todos nosotros.

Pero los años siguieron su curso, y la espera se hizo interminable. Lo que parecía una ausencia de meses, se transformó en un vacío de décadas. Exactamente 42 años tuvieron que pasar para que, en medio del silencio cómplice de un gobierno corrupto, se confirmara tu presencia. En 2015, por fin, recibiste tu diploma. Puede que no hayamos compartido tanto —tú ya habrías sido un adulto cuando muchos de nosotros aún éramos niños—, pero ese día sentí que la historia se detenía un momento para rendirte el homenaje que merecías.

Hoy, a 52 años de tu partida, tu memoria sigue intacta. Más aún: sigue latiendo con fuerza entre quienes llevamos con orgullo el espíritu borgoñino. Porque no estás solo en el recuerdo; estás en cada grito de justicia, en cada mural, en cada paso de lucha.

Tu muerte, Jorge, no fue un accidente ni un capricho. Fue consecuencia de una realidad histórica cruel, impuesta a sangre y fuego. Pero mientras esa es la versión oficial, la de los poderosos, nosotros —los marginados, los que seguimos creyendo en la justicia popular— sostenemos otra verdad. Tu nombre vive en nuestras mentes, se graba en nuestras manos, arde como llama viva en cada acto de resistencia.

Y sin embargo, al mirar los muros de este liceo, a veces ya no encuentro la resistencia de antes. Veo sumisión. Ya no escucho los cuestionamientos con la fuerza de antaño, solo resignación. Pero, aún así, sé que la resistencia puede nacer en los lugares más inesperados. Y cuando lo hace, ahí estás tú. Como una chispa, como un recuerdo, como un ejemplo.

Por eso hoy, más que nunca, te recordamos. Porque no nos han vencido. Porque sigues aquí.

Con memoria, con amor, con fuego en el corazón,
Tus compañeras y compañeros del Liceo Manuel Barros Borgoño.